



Los hermanos Singer

por JOYCE VENTURA NUDMAN

Antes de emigrar a Estados Unidos, Isaac Bashevis Singer no era más que el hermano de un escritor con talento, Israel Yehoshua, once años mayor, que era reconocido por un selecto grupo de escritores polacos y seguido con fascinación en Nueva York por los lectores del diario yidish *Der Forverts*, donde publicó por entregas todas sus novelas, incluida *Los hermanos Ashkenazi*. Fue el quien introdujo a Isaac Bashevis en los círculos literarios que le permitieron, como corrector de pruebas de una revista, formarse como escritor, y fue el quien mediante la literatura le presentó un mundo emancipado del tupido velo del judaísmo ortodoxo bajo el que habían sido formados por su padre, Israel Yehoshua, diez veces más arrojado que su hermano, aunque la saca e ingratia tarea de enfrentar a aquel hombre pudoso, adusto y severo, pero bondadoso, tantas veces retratado en los relatos de Bashevis Singer e igualmente caricaturizado en *Los hermanos Ashkenazi*. Pero Israel Yehoshua no se conformó con esta rebelión, más tarde se vuelve socialista y, alentado por la naciente revolución, emigra a Rusia junto a su mujer y un hijo. Aunque se desilusionaría muy pronto del socialismo, la transmisión de su experiencia a su hermano le permitió a éste no contentarse con esta causa que, por su enorme prestigio, era difícil de eludir para un judío que se preciese de ilustrado, pues junto con el sionismo no había contropeso mejor para la tradición. Por último, el camino recorrido por el ignorado hermano le salvó su vida al conseguirle, gracias a sus contactos, un visado por seis meses para emigrar a Estados Unidos.

Tal vez el contraste literario que hay entre ambos se deba a lo anterior, es decir, al hecho de que Israel Yehoshua fuese protagonista y pionero en asuntos que Isaac Bashevis, solo por ser menor, pudo evitar. Además, este último publicó la mayor parte de sus escritos estando en Estados Unidos, es decir aliviado de gran parte del peso de la persecución. De ahí que el tono de su obra sea tan ligero y humorístico, en tanto que el de Israel Yehoshua trasunta una gravedad sin concesiones que se desprende también de haber lidiado, tal vez más enfáticamente y al menos en plena producción de sus más importantes escritos, con la opresión en Polonia, tanto de los gentiles como de los propios judíos ortodoxos que lo rechazaban por querer asimilarse. Sin desmentecar, por esa carencia de lucha, al hermano menor y, tal vez, por el contrario, asumiendo que esa misma ausencia sea la razón del valor del Premio Nobel, lo anterior es un dato relevante que debería tenerse presente al leer esta novela, para no subvalorar el modo excesivamente serio, solemne, y hasta a veces majadero de Israel Yehoshua.

Porque quizás lo que en mayor medida permanece después del largo aliento que impone la lectura de *Los hermanos Ashkenazi* (540 páginas) sea el odio injustificado, permanente, temerario y brutal por el cual los judíos son perseguidos a lo largo de toda esta narración, que intenta ser un frasco realista de tres generaciones de emigrantes. Tan bien cumple su cometido que *Los hermanos...* es parte de la lectura obligatoria de varios cursos de historia ju-

día en universidades norteamericanas, si es que puede hablarse de historia y no, con mayor propiedad, de historia del antisemitismo, que es en lo que al final se convierte —por el poder de los hechos sangrientos— cualquier historia condensada.

Retratados en múltiples personajes, nuestros antepasados son vapuleados utilizando las más diversas máscaras por, exactamente, todos los gentiles. Polacos, rusos, lituanos, alemanes, checos, húngaros no tienen composición alguna. Por el contrario, son actores y en el mejor de los casos testigos activos que alientan y hasta se felicitan, como nación, por los pogromos. La defensa ante la humillación y la injusticia no existe, a lo más surge cierto silencio por razones de conveniencia y muy escasamente en las autoridades, jamás del pueblo.

De este modo, el libro es el testimonio del desprecio de gran parte de los europeos que ven a los judíos como asesinos, usurpadores, delincuentes codiciosos, socialistas antipatrióticos o simplemente como cerdos repugnantes, la cual es en el texto la expresión más común de la tiranía del antisemitismo.

Según la visión darwinista de la novela de Singer, el judío es principalmente un exiliado que, como ser volátil, sobrevive adaptándose a las circunstancias. Simja Meir, el más poderoso de los mellizos Ashkenazi, es el estereotipo del judío tenaz, perseverante, precavido, astuto, y, en este caso, también cobarde: "Es más vivo que el hambrec" es lo que todos dicen de él. Como para ser poderoso es necesario habituarse a los cambios, Simja Meir no puede regirse por ninguna ética, de ahí se entiende también que elija asimilarse (sin por ello mentarse) al prescindir de la vestimenta judaica, de la barba, del Yidish y hasta de su nombre, que reemplaza por el gentil Max, pues su objetivo es convertirse en el rey de los negocios de Lodz. Simja Meir es la imagen grotesca de los judíos, al punto que su aspecto es sucio y desagradable, todo lo contrario de su mellizo Jacob quien, fornido y hermoso, representa al gentil: la fuerza física, la diversión, el juego, las mujeres y las aventuras temerarias.

Si bien se trata de una prolija caricatura, paradójicamente con ella parece querer explicar cómo las persecuciones y el hostigamiento han formado a este tipo humano que, si bien no representa a la totalidad ni mucho menos, es el producto del antisemitismo que acabó con los judíos de Europa.

Pese a todas sus falencias estilísticas, (no hay matices, ni gran desarrollo en los personajes) la novela tiene el mérito de haber expuesto exactamente las características del odio antisemita que adoptaría el tenebrosismo final con Hitler y el nazi ario. El autor relata, por ejemplo, que cuando los alemanes invadieron Polonia (durante la Primera Guerra), se dispusieron, antes que nada, a armar a los judíos al requisar toda



su posesión de alimentos, cada espiga de trigo, cada patata escondida en el sótano: "Los alemanes saquearon los huertos, los prados, y hasta se llevaron el vellón de las ovejas... capturaban incluso perros y gatos callejeros para aprovechar su grasa y enviar la carne a los zoológicos alemanes". O lo que es mucho más resonante, Singer describe el momento cuando, frente a una epidemia, los alemanes ordenaron a los polacos que precintaran las

casas de los enfermos judíos y las recitaran con ácido fénico. "Multitud de indigentes fueron llevados a las barracas de desinfección, donde los bañaban con chorros de agua fría y caliente y se los rasuraba. Los soldados alemanes se reían de los desesperados esfuerzos de los judíos para evitar que les afeitaran la barba, sonreían lascivamente ante los intentos de las muchachas de tapar su desnudez y se burlaban de los pechos caídos, los vientres fofos y piernas delgadas de las mujeres mudadas. No obstante, la epidemia seguía extendiéndose. Los cochinos finos no daban abasto a tanta demanda y los cadáveres debían transportarse, incluso sin amortajar, en carretillas..."

Para comer, los judíos sólo disponían de un trocisco del pan que se repartía una vez al mes, y de sopa que al final sólo contenía peladuras de patata, pues el mismo jefe médico que había descubierto un sucedáneo para la harina del pan, pronto descubrió también que las peladuras de patata eran saludables, apetitosas y nutritivas; se había descubierto la raíz alimenticia de los campos de concentración, y junto con ello las sutilezas de la maquinaria del futuro ya habían sido probadas. "Con el propósito de mantener dócil a la población, el barón envió bandos militares para que la corteza seran tocando marchas triunfales alemanas. Desde el balcón de su palacio, contemplaba la ciudad sometida a sus pies y decía satisfecho para sí: Esto es lo que necesitaba la esclota: baños y entretenimiento".

En un intento por restituir el injusto olvido en el que, con el paso del tiempo, ha ido quedando Israel Yehoshua Bashevis, hermano mayor del Premio Nobel Isaac

Bashevis, Ediciones B acaba de publicar su mejor novela. Los hermanos Ashkenazi no es sólo un clásico de la literatura judía, es también una punzante herramienta histórica que testimonia que el Holocausto comenzó mucho antes de la Segunda Guerra Mundial.

Y no hay trampa posible para este relato casi premonstrioso. Los hermanos... fue publicado en Nueva York en 1935. Más aún, Israel Yehoshua no conoció en vida la magnitud del Holocausto, pues murió en 1944.

Cuando más adelante los polacos recuperan el poder de la ciudad de Lodz, donde transcurrió la mayor parte de la novela, las cosas empeoran: los legionarios cercan los barrios judíos con ametralladoras, "ni un gusano hubiera conseguido colarse a través de aquel cordón armado", las mujeres jóvenes son violadas en presencia de sus familias, y las esposas delante de sus maridos: "Se apaleaba sin piedad a las muchachas, se pisoteaba a las embarazadas y hasta los bebés en sus camas eran víctimas de las bayonetas", y he aquí un párrafo que da cuenta de la indiferencia con que la población reaccionaba: "Los angustiados aullidos de hombres, mujeres y niños se elevaban al cielo al tiempo que las lenguas de fuego y los resacaños de humo, pero no hallaron respuesta. Las devoradoras llamas se reflejaban en los ojos de los espectadores". No quedaba más que emigrar a Norteamérica, o a Argentina. Mientras los judíos se alejaban con sus bultos, los gentiles en los campos, "apostándose en el arado y protegiéndose los ojos del sol, miraban con curiosidad el paso de los abarrotados trenes. Sus esposas escuchaban las críticas canciones de pioneros judíos, mientras que los niños de cabello rubio soltaban los cercados para gritar y arrojar piedras a los convoyes, entre los ladridos de sus perros".

Los hermanos Singer [artículo] Joyce Ventura Nudman.

Libros y documentos

AUTORÍA

Ventura Nudman, Joyce

FECHA DE PUBLICACIÓN

2004

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Los hermanos Singer [artículo] Joyce Ventura Nudman. il.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile